

SESIÓN NECROLÓGICA EN HONOR DEL
ILMO. SR. D. MIGUEL SALCEDO HIERRO

INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. DR. D. JOAQUÍN CRIADO COSTA

Decir en Córdoba Miguel Salcedo Hierro es llenar los espacios locales y provinciales de sabores de Cultura... llenarlos de cordobesismo militante.

D. Miguel Salcedo ha sido una institución que conoció el mundo en 1923, un 12 de febrero, fecha que más tarde traería resonancias políticas en España.

Estudió el bachillerato en el entonces único instituto de segunda enseñanza con sede en la capital, donde tuvo maestros de enorme talla que aún hoy se recuerdan y aprecian en nuestra ciudad: José M^a. Rey Díaz, José Manuel Camacho Padilla, Carandel, Jordano, etc.

Pasó por las aulas del Conservatorio cordobés de Música y comenzó a prepararse así para lo que sería una auténtica y fuerte vocación: el arte de la musa Talía. Estudió Arte Dramático en las Escuelas Superiores de Madrid y de Sevilla. Su gran maestro, Fernando José de Larra.

En 1947, por concurso-oposición, ganó la cátedra de "Interpretación" del Conservatorio Superior de Córdoba, ocupando el cargo de subdirector de 1967 a 1980.

En este último año le fue encomendada por el Ministerio de Educación y Ciencia la puesta en marcha de la recién creada Escuela Superior de Arte Dramático y Danza, de la que pasó a ser el primer director.

En ella concluyeron sus tareas docentes y directivas, por jubilación reglamentaria a los 65 años, el 12 de febrero de 1988, tras cuarenta y un años de constante labor con sus alumnos, con los que ensayó y dirigió, al margen de las prácticas docentes, más de cien obras teatrales.

Me cupo el honor, en aquel ya algo lejano momento de su jubilación, de participar activamente y de manera cordial en el multitudinario homenaje que Córdoba le tributó.

Pero no se crea que la labor de Salcedo Hierro se circunscribió a las aulas y a su centro docente. No, ni mucho menos.

Como escritor dramático, llegó a estrenar las obras tituladas *El príncipe Jazmín* (1944), *El collar de la paloma* (1947), *Varita de nardos* (1948), *¿Quién dirá que no tengo amor?* (1949), *Abanico de marfil* (1952), *El patio de los rosales* (1953), *Torero porque yo quiero* (1953) y *... Y habitó entre nosotros* (1954), casi todas ellas costumbristas de ambiente cordobés.

Amante de lo poesía, ha creado miles de poemas y publicó en 1948 el libro *Miniaturas*.

Como orador, sus intervenciones públicas alcanzan varios centenares y han tenido por escenario instituciones de Córdoba, Madrid, Barcelona, Sevilla y Málaga y numerosas poblaciones de éstas y otras provincias. Por la profundidad del contenido y por la perfección en la forma, encantaba oír sus pregones y recitales poéticos; escuchar sus conferencias de tema histórico, artístico, teatral, turístico, gastronómico y hasta comercial, casi siempre con Córdoba como telón de fondo.

Por ello no extraña el que hayan salido de su pluma libros con títulos como *Córdoba y la Mezquita* (1964), *Córdoba* (guía, 1971), *El museo de Julio Romero de Torres* (1973), *El alcázar de los Reyes Cristianos* (1974), *Córdoba en color* (1975), *La cocina andaluza* (1979, obra galardonada con el Premio Nacional de Gastronomía ese mismo

año), *La cocina familiar antigua* (1992), o *La Mezquita, Catedral de Córdoba* (2000).

Sus artículos periodísticos se cuentan por miles y han visto la luz fundamentalmente en el diario *Córdoba*, donde publicaba un artículo semanal. Igualmente pueden encontrarse en obras colectivas como *Córdoba, Los pueblos de Córdoba, Tradiciones y costumbre populares* y otras más.

Su tarea como prologuista de libros es incesante. Por citar sólo algunos casos, *Séneca* de Luis Mapelli, *Tiempo. Notas. Recuerdos* de Ricardo de Montis, *Historia de la Casa de Córdoba* del P. Ruano, *Ganaderías de reses bravas de Córdoba* de José Campos, *Miscelánea taurina* de José Luis de Córdoba, *La cocina diaria* de María del Sol Salcedo Morilla, *Los vinos de Córdoba* de Manuel M^a. López Alejandro, *Los sabores de Huelva* de Remedios Rey, etc.

La trayectoria académica de Miguel Salcedo, guadianizada por mor de los especiales horarios de su docencia, ha sido larga.

Académico Correspondiente primero y Numerario desde 1965 de la Real Academia de Córdoba, ha sido durante años director de su Instituto de Estudios Escénicos, motor de la celebración anual del Día Mundial del Teatro, y ha participado en otras actividades dentro de su sede y en jornadas de estudios fuera de la misma.

Perteneció como Correspondiente a la Real Academia malagueña de Bellas Artes de San Telmo y estuvo integrado en varias asociaciones gastronómicas como la de Málaga y la Andaluza de la Gastronomía y el Vino.

Entre sus títulos honoríficos, cabe destacar que fue “Hijo Adoptivo de Archidona” (Málaga) (1970), Premio Turístico “Everest” (1974), Medalla de Oro de la Ciudad de Ceuta (1976), Pico de Oro de Córdoba (1976), Premio Nacional de Gastronomía (1979), Socio de Mérito de “Hostecor” (1992), I Lebrillo de Bronce de la Subbética (1994), Cordobés del Año 2000, Potro de Oro de la Federación de Peñas Cordobesas (2000) y Miembro de Honor de la Asociación de Cronistas de México (2001).

Todo ello, señoras y señores, avalaron al Ilmo. Sr. D. Miguel Salcedo Hierro para que en el año 2001 le fuera impuesta la Medalla de Honor del Instituto de Reales Academias de Andalucía, a propuesta de quien les habla, como un Académico y erudito local, referente obligado del saber y de su difusión, que es lo que le da sentido al saber.

En 1989 fue nombrado Cronista Oficial de Córdoba, ingresando pronto, el 27 de noviembre de ese año, en la hoy denominada Real Asociación Española de Cronistas Oficiales que me honro en presidir desde hace diez años.

Desde el primer Congreso de Cronistas en Ciudad Real, recorrimos muchos kilómetros: Ciudad Real, Ávila, Segovia, Cáceres, Castelo de Vide (Portugal), Zamora, Calatayud, Madrid, Getafe, Badajoz, Murcia, Altea, Torrevieja, Aranjuez, Toledo, hasta que en el año 2007 dejó de asistir por razones de salud.

Del 18 al 20 de octubre de 1990 coordinó el XVII Congreso Nacional de Cronistas, celebrado en Córdoba. Del 22 al 24 de abril de 1994 estuvo presente en el XX Congreso Nacional de Cronistas, que se celebró en Córdoba con motivo del 25 aniversario de la Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales. En 1994 asistimos a una audiencia del Rey D. Juan Carlos I. Del 13 al 16 de octubre de 2005 colaboró en el XXXI Congreso Nacional de Cronistas, que tuvo por sede esta ciudad de sus amores.

Descanse en paz el hombre bueno que además de Académico y Cronista fue Agente Comercial, Teniente de Alcalde de Cultura del Ayuntamiento predemocrático, el amigo que superó todos los escollos de la vida con un gran sentido del humor.

Una vez más la Real Academia expresa las condolencias por la pérdida de D.

Miguel Salcedo a su viuda, Carmina, a su hija y compañera nuestra, Marisol, y a sus nietos, Miguel y Álvaro.

INTERVENCIÓN DEL ILMO. SR. DR. D. MANUEL GAHETE JURADO

El 12 de febrero de 1923 nacía en Córdoba Miguel Salcedo Hierro, a quien algunos consideran el sabio por antonomasia, el embajador más insigne, el cordobés más ejemplar de la historia cercana, el ciudadano más célebre de Córdoba en el siglo XX.

Observador nato de prodigiosa memoria descriptiva, Miguel se convertirá en un compendio de ciencia enciclopédica de la cultura e historia de Córdoba, lo que finalmente convencería a los ediles del Concejo cordobés, presidido por Herminio Trigo Aguilar, para nombrarlo Cronista oficial de la ciudad en 1989, un año después de su jubilación que llegó tras una larga vida dedicado a la difusión de las artes escénicas, donde ejerció en todos los oficios, desde director a actor, desde autor a coreógrafo. Por su denuedo se inician en Córdoba los estudios de Arte Dramático en el año 1947. En un principio, estos estudios se constituyeron como sección del Conservatorio para después independizarse con la fundación de la Escuela Superior de Arte Dramático, de la que fue director durante ocho años (1980-1988), en cuyos muros destellan fúlgidas las letras de su nombre. El teatro será siempre su pasión más acendrada. La apología sin límites que postula contra la demolición del emblemático y centenario Gran Teatro, referente de la vida cultural y artística de Córdoba, es sin duda crucial para su preservación¹.

Pero Miguel no se conforma con haber sido pionero de las principales iniciativas que, en torno al teatro, se han desarrollado en Córdoba. Siempre ha mantenido un firme compromiso con la ciudad, fuera y dentro de la vida política. Entre los años 1971 y 1979, siendo alcalde Antonio Alarcón, ejerció Miguel como concejal de Cultura del Consistorio, adquiriéndose oficialmente en este periodo muchas de las obras de Julio Romero de Torres que hoy se custodian en el museo. Eficaz e inconformista va más allá, extrayendo de todas sus actuaciones una clara lección ejemplarizante que más tarde traspasa a escritura y palabra. Porque Miguel dedicará gran parte de su tiempo a las tareas del escritor, y así la ingente cantidad de publicaciones que registra su bibliografía, sobre todo textos teatrales, poemas, artículos y prólogos en los que destila un paladino ingenio para el quehacer dramático, una acrisolada ironía que potenciaba paradójicamente su profunda sensibilidad y un conocimiento sensible de los avatares que han marcado los últimos cincuenta años de esta ciudad patrimonial

¹ Luis Felipe Medina se encontraba departiendo con Miguel Salcedo, en su despacho del ayuntamiento, cuando este advirtió que era inminente el proyecto de demolición de un edificio que correspondía por todos los datos reseñados al Gran Teatro de Córdoba. Ambos fueron a comprobar *in situ* la información escrita y ciertamente detectaron esta realidad, a la que pusieron freno. En un artículo aparecido recientemente en el diario *ABC* (R. A / L. M., "Fallece a los 87 años Miguel Salcedo Hierro, el cronista oficial de la ciudad", *ABC*, 20-05-2010), se dice que fue el senador socialista Joaquín Martínez Bjorkman quien participó con Salcedo en este cometido. José Cobos Ruiz de Adana, catedrático de Historia, lo corrobora un día después en el *Diario Córdoba*, incluyendo el nombre de Luis Felipe Medina en esta acción singular (José Cobos Ruiz de Adana, "Miguel Salcedo in memoriam", *Diario Córdoba*, 21-05-2010).

del Mundo, crisol de civilizaciones y creencias². Un marcado sello cordobés signa su vasta producción bibliográfica: *Córdoba, crónicas anecdóticas* y el más conocido y comentado *La Mezquita, Catedral de Córdoba*, una visión original y renovada, amable y diferente acerca del símbolo visible de nuestra ciudad eterna³.

Miguel cultivaba especialmente las relaciones cara a cara y, aunque lo conocí en edad proecta, supe que era extremadamente fácil acercarme a su intimidad. Nuestro encuentro se produce en el seno de la Real Academia de Córdoba, esta bicentenaria institución en la que Miguel entraría a formar parte el año 1966, siendo en la hora de su muerte el más decano de los académicos. Desde el primer momento intuí una clara afinidad. Eran muchas las correspondencias: El amor por el teatro, por la poesía, por la palabra. Coincidimos en las sesiones especiales del Día de Góngora, en las que mostraba su arte gastronómico, fundiendo las delicias de los paladares gongorinos con las excelencias de la cocina contemporánea, porque si alguien sabía de gastronomía y vinos, sin duda se llamaba Miguel Salcedo Hierro. La Academia de Gastronomía de Málaga y la del Vino en Andalucía lo tenían entre sus miembros excelentes. Y esto le sabe muy bien su hija Marisol Salcedo, heredera ejemplar de tan alquitariado gusto. Los encuentros se sucedieron en los congresos estivales sobre franciscanismo en la vecina villa de Priego, ubicada en el entorno más álgido de la Subbética de Córdoba⁴. En este foro también mostró su ciencia gastronómica y su peculiar modo de ser y de expresarse. Era tal la connivencia anímica que no dudé un instante en solicitarle que respondiera a mi discurso de ingreso como Académico Numerario en junio de 2004, cuando tuve el imponderable honor de ocupar la plaza que dejara vacante su amigo y mío, el ilustrísimo señor don José María Ortiz Juárez, otro sabio cordobés cuya memoria sigue planeando providentemente sobre la Real Academia y sobre Córdoba, una presencia inolvidable. En aquella ocasión mostró nítidamente su caudal humanista adornado con todas las virtudes de su saber académico, fundiendo en oro la admiración y el cariño que siempre me había inspirado. Sabía tocar el corazón.

Miguel conocía bien el valor de la palabra. Dominaba racionalmente sus secretos y penetraba en la emoción de su misterio inefable. Probablemente será uno de los pocos que haya pregonado varias veces la Semana Santa cordobesa (1943, 1973, 2000). Pero también proclamó otras devociones, sacras y lúdicas, la Exaltación del Tambor, el Bombo de Baena, la Fiestas del Rosario de Moriles, la Romería de la Virgen de Linares (en tres ocasiones), la de Santo Domingo (por cuatro veces) y la coronación canónica de Nuestra Señora de las Angustias (1987), a cuya hermandad perteneció durante casi toda su vida. En todas ellas sonó alta y clara su voz grave y severa, de orador ciceroniano, aventando sus encendidos versos en los que derrochaba apostura y ciencia. Porque donde realmente fulguraba su talento era en el escenario, frente al auditorio, invocando a Talía o evocando a Melpómene. Su voz crecía y se adelgazaba, nos serenaba y estremecía inflamada por un vibrante aliento, presta a romperse en sombras y luces, preclara, vívida, resonante, épica.

Y además guardaba en su memoria la historia de Córdoba, cientos de hechos y

² Córdoba es designada Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO en 1984.

³ Miguel Salcedo Hierro, *La Mezquita, Catedral de Córdoba*, CajaSur, Córdoba, 2000.

⁴ Manuel Peláez del Rosal, académico numerario de esta corporación bicentenaria, es el coordinador y director de los cursos de franciscanismo en Priego de Córdoba desde su instauración. En estos encuentros coincidí a menudo con el académico numerario electo, Ilmo. Sr. Dr. D. Antonio Cruz Casado y su esposa, académica correspondiente, Dra. Dña. Juana Toledano.

anécdotas aderezadas por un jugoso talento, por una inaudita virtud oratoria, por un mesurado acento inmarcesible. ¡Cuántas veces he compartido esta sabiduría elocuente paseando hasta San Nicolás desde la sede de la Real Academia! Incontables las horas de sagaces monólogos vertiendo su fecundo manantial de recuerdos. Últimamente hablábamos con frecuencia pero ya en la distancia. Habíamos decidido reeditar su magnífico libro *La Mezquita, Catedral de Córdoba*, agotado en breve tiempo, de lectura ágil y atrayente. En su día me pidió que le compusiera el poema “Crucero” para ilustrar uno de los pasajes de este volumen esencial y sacro de la bibliografía cordobesa.

Dice el amor llamarse tierra llana,
fuente de luz y tierra de cultivo,
reino del sol, panal, oro de olivo,
gloria de Dios, por ello tan humana.

Bajo el árbol de piedra, raíz romana,
templo de plata goda redivivo,
ora dueño y señor, ora cautivo,
Mezquita omeya y Catedral cristiana.

Viajero del amor, si no has hallado
la fe en el corazón, y el odio empañá
la paz y la verdad, lo que has amado,

Ilégate aquí que el mar su sangre baña,
que arde en su piel el fuego más sagrado:
Córdoba en una voz, crisol de España⁵.

Inmerecidamente, había escrito que la poesía de Córdoba pasaba por mi poesía. En una autoridad como la suya, este gesto es señal inalienable de una generosa y extraordinaria voluntad. Lamenté, con el llanto en los ojos, el aciago día de primavera que nos arrebató su figura ya ajada por el doloroso ardor del *tempus fugit*; un 19 de mayo marcado por el calor vespéral que acuchillaba la cal de los muros, el verdín de la piedra, la humedad de los cuerpos. En febrero había cumplido 87 años. Córdoba entera se condolía por su muerte y le prodigaba su admirativo homenaje. Hasta el callejero hoy le sigue rindiendo tributo, junto a la rotonda del Pretorio. No sé si alguien quedaba en esta ciudad por reconocerlo como amigo, lo notorio es que luchó con su palabra y obra para que nadie, nunca, pudiera considerarlo su enemigo. Su ausencia ha dejado un profundo vano en mi corazón porque, sobre todo, lo que Miguel conocía, con precisión de alquimista, era el valor de la amistad.

⁵ Manuel Gahete, “Crucero”, en *La Mezquita, Catedral de Córdoba*, de Miguel Salcedo Hierro, *op. cit.*, p. 448.

INTERVENCIÓN DE D^a. MARÍA DEL SOL SALCEDO MORILLA

Mi padre siempre escribió con pluma estilográfica. Tenía varias, algunas de ellas, por puro coleccionismo; pero para su actividad diaria, siempre utilizó dos Montblanc Maîtrestück (Obra Maestra) exactamente iguales. Las cargaba con tinta azul o negra o morada, que le gustaba mucho, y en ocasiones, con tinta roja. A partir del año 1982, incorporó al repertorio otra pluma que, a petición suya, mi madre y yo le regalamos por su cumpleaños. Es una Tombow pequeña y regordeta, con recarga de cartucho, que comenzó a preferir, seguramente por su tamaño, para llevar en el bolsillo interior de la chaqueta.

En el verano de 2003, recién llegados a Fuengirola mis padres, mi marido, mis dos hijos y yo para pasar las vacaciones, mi padre se apresuró a reservar mesa para cenar en el restaurante Bistro –hoy cerrado– que estaba en la calle Palangreros, detrás de la oficina de correos, al que solíamos acudir con bastante asiduidad. En esta ocasión teníamos algo que celebrar: Miguel, mi hijo mayor, había terminado el bachillerato brillantemente y acababa de matricularse en la Facultad de Derecho.

Nos reservaron nuestra mesa de siempre, situada en una especie de recodo, que nos prestaba intimidad. Allí, una vez encargada la cena, y mientras esperábamos su servicio, mi padre sacó del bolsillo una de sus plumas Montblanc y se la entregó a Miguel al mismo tiempo que me alargaba una carta, a su nieto dirigida, escrita en la primera carilla de un folio con el membrete de Miguel Salcedo Hierro, Cronista Oficial de la Ciudad, Excelentísimo Ayuntamiento de Córdoba. Me pidió que le diese lectura. Lo que hago también ahora, entresacando de ella la parte que más puede mostrar su carácter. Dice así:

Carvajal, 8 de julio de 2003

A Miguel Donate Salcedo

Querido nieto Miguel:

Al iniciar tu vida universitaria te hago entrega de mi querida pluma, compañera de tantos años, en los que intenté que su influencia siempre estuviera al servicio de mi ciudad y de las causas espirituales, nobles y generosas.

Sé que su tinta y los rasgos que le obligues a trazar con tu mano, sabrán escribir de qué parte estará la razón, sin dejar de armonizar la compasión y la justicia.

Estoy seguro de que invadirá tu corazón y arrasará tus ojos, el recuerdo de esta feliz noche familiar.

Con toda su fe en ti, te bendice y te abraza tu abuelo.

Y su firma.

Confieso que, a pesar de la emoción y del cariño por Miguel, y del respeto por las decisiones de mi padre, me molesté un poco y reclamé mi derecho a la pluma:

- Papá –protesté– a mí no me parece bien que me saltes y le regales la pluma al niño.

Mi padre, sin inmutarse, contestó al estilo “hijo pródigo” del Evangelio:

- Todo lo que tengo es tuyo. Pero este es un regalo que quiero hacer a mi nieto. Así que no nos vayas a dar la noche.

Ante tan tajante respuesta, quedó zanjada la cuestión. Y debo decir que mi molestia fue tan superficial, que en el segundo plato ya no me acordaba de la pluma.

Al año siguiente, casi con fidelidad cinematográfica, en el mismo lugar, se repitió la escena: celebrábamos la terminación del bachillerato de Álvaro, mi hijo pequeño, y su matriculación en la Facultad de Medicina. Le regaló la otra pluma Montblanc y a mí me alargó dos folios escritos por delante y por detrás. En esta ocasión, bien aleccionada del año anterior, ni me molesté ni hice ningún tipo de reclamación.

La segunda carta es sensiblemente más extensa que la primera. Pudiera ser que mi padre, consumado creador de recuerdos, al comprobar que Miguel enmarcó la suya y la colgó en su cuarto, asegurando así su conservación, juzgase más trascendente el legado. Decía así:

Fuengirola, a 3 de agosto de 2004

Querido Álvaro:

Ha llegado una hora feliz para nuestras vidas. Como todo lo que es verdaderamente importante, sus momentos nos acercan al goce de nuestros espíritus con asombrosa sencillez.

Acaba de entregarte tu abuela la segunda de mis plumas estilográficas –que es igual que la que doné a tu hermano hace un año, en este mismo lugar y con idéntico motivo-. Gran logro el tuyo al alzarte con el título de bachiller.

Aunque haya hoy estimaciones en desuso, no quiere ello decir que no sean válidas: tu culminación estudiantil al bachillerarte, te ha otorgado con el título, el derecho a utilizar el don. Desde el primer segundo de tal logro, pueden y deben llamarte don Álvaro.

Esta distinción se te engrandecerá poderosamente cuando –dentro de pocos años- revestido de toga y birrete de color de oro, prestes el sacratísimo juramento hipocrático: esa luminosa ristra de palabras que te enlazarán para siempre con la Medicina, tu amada aspiración. Claro está que nada hubiera sido posible sin el ejercicio de las tres hermosas palabras que tan sabiamente has barajado: vocación, ilusión y trabajo.

La pluma que recibes –lo mismo que su hermana- siempre ha deslizado su escritura en el espacio determinado por el honroso triángulo equilátero de las palabras antedichas.

Por eso va acompañada de un pasado limpio y honorable: jamás han servido sus trazos para humillar, difamar o herir.

Estoy seguro de que tú la vas a conducir por los mismos caminos y que jamás recetarás o firmarás con ella algo que pueda dañar a alguien; ni siquiera enturbiar la esperanza de los seres humanos que hayan buscado tu ayuda; aun en el caso de que no sean personas de buena voluntad.

Como te conozco muy bien, puedo predecir que serás un gran Médico. Te lo digo con la que ya es tu pluma, para que sea lo último que yo escriba con ella.

Recibe un abrazo de quien tanto te quiere: tu abuelo.

En la primera carilla del segundo folio, en los dos últimos renglones, hay dos palabras emborronadas –servido y difamar- aquéllas sobre las que cayeron mis lágrimas cuando la emoción me pudo.

Curiosamente, la predicción de mi padre sobre el acto de graduación de Álvaro, tuvo lugar dos días después de su muerte; mi padre murió el 19 de mayo y el juramento de Álvaro fue el 21.

A partir de la entrega de la segunda pluma, mi padre sólo escribió con la tercera pluma: la Tombow regordeta, que es ésta.

Mis padres y yo hemos vivido en pisos contiguos, entre los que siempre ha habido una puerta de comunicación para facilitarnos el acceso a la otra vivienda y no andar

continuamente por el rellano de la escalera con las puertas abiertas de par en par. Así que para mí era muy cómodo ir hasta su despacho para cualquier consulta que quisiera hacerle o incluso llevarme allí el ordenador portátil cuando hacíamos algún trabajo en común o, aunque no fuera común, por el simple placer de trabajar juntos.

Del mismo modo, muchas veces venía él a mi casa y trabajábamos en mi mesa. Poco a poco, las visitas suyas y mías se fueron distanciando, en la misma medida que la degeneración macular se iba apoderando de su visión central, impidiéndole leer y escribir. No había entonces cosa que le apeteciese más que mi conversación, pero rara vez me hallaba desocupada y, discretamente, se marchaba.

Aproximadamente un año antes de su muerte, llegó ante mi mesa y permaneció de pie delante de ella. Cuando le pregunté qué deseaba deslizó hasta rozar mi mano esta pluma, diciéndome:

- Esta es tu pluma. Tómala, que yo ya no voy a escribir más.

Me puse en pie y me abracé a él llorando desesperadamente, comprendiendo por primera vez la magnitud de su tragedia. Y una vez más, como tantas veces a lo largo de mi vida, la serenidad acogedora de sus brazos fueron refugio, consuelo y esperanza. Permanecimos abrazados largo rato, mezclando nuestras lágrimas.

Mi pluma me fue entregada en Córdoba, con fecha indeterminada, sin congregación familiar, sin cena festiva, sin carta ni dedicatoria ni instrucciones sobre su uso. Tampoco era necesario. Ya fue suficiente privilegio formar parte de su vida y aprender junto a él y través de su ejemplo, el exacto significado de palabras como lealtad, honradez, respeto, honor, generosidad y hombría de bien.

INTERVENCIÓN DEL ILMO. SR. D. RAFAEL MIR JORDANO

Por dos razones poderosas no voy a añadir nada más a cuanto se ha dicho y leído de Miguel Salcedo Hierro, el amigo ausente, a quien hoy dedicamos esta solemne sesión necrológica, un par de años después de haberle dedicado, como homenaje, la sesión de clausura del curso académico.

La primera razón es que como hombre de Derecho, sé que la reincidencia es una agravante; y la segunda es que si yo sobrepasara con mis palabras las que acaban de leerse de nuestro ausente Director, caería en indelicada impertinencia.

Pero como no quiero ser testigo mudo o reloj de cuco, que dijo al principio “se abre la sesión” y que pronto dirá que se cierra, expondré unas brevísimas consideraciones sobre la muerte de los Académicos y sobre esta clase de sesiones.

A la muerte se le puede, y hasta a veces posiblemente se deba, tomarla a broma, como se hacía en muchos entremeses clásicos o en nuestra mejor literatura dramática, y aun en la narrativa, o como desde ha poco se hace “a la americana” con la fiesta de Halloween, pero la muerte no tiene otra cara que la sería cuando nos toca cerca. Cuando toca cerca no hay ser bien nacido que sonría al golpe de la guadaña.

La muerte de un Académico nos duele a todos los académicos que vivimos la

Academia, y cuando honramos su memoria en una sesión necrológica nos honramos a nosotros mismos, haciendo ante su ausencia lo que ellos mismos hicieron respecto a los que se ausentaron antes; que una de las mejores cosas que pueden ofrecer las Reales Academias es la de conservar y defender las tradiciones meritorias, por encima de los vaivenes de las modas y de otras frivolidades humanas.

Por eso, con toda la seriedad de que soy capaz, escribo y leo: descanse en paz Miguel Salcedo Hierro, como también todos los compañeros que nos han precedido en estos recién cumplidos doscientos años de nuestra Real Academia.